

Micaías – Lecciones de un Profeta Poco Conocido

Dub McClish

Introducción

A los doce autores de los libros proféticos breves los llamamos “profetas menores.” En realidad, no hay profetas menores entre los que han sido fieles a Dios. No todos los profetas de Dios escribieron sus mensajes para la posteridad y no sabemos casi nada acerca de algunos de ellos excepto una breve mención de su obra fiel. Entre estos profetas poco conocidos y no literarios estaba Micaías, de quien tenemos unos escasos veintinueve versículos (1º Reyes 22:8-28; repetido en 2º Crónicas 18:7-27).

Vivió durante el incomparable reinado malvado de Acab y Jezabel sobre Israel, y fue contemporáneo durante algún tiempo del gran Elías (y quizás de Eliseo). La imponente grandeza de Elías puede explicar por qué Micaías recibe una atención tan limitada. El hecho de que este hombre leal e inquebrantable viviera con tan poca nota histórica sugiere la posibilidad de que haya habido muchos otros de su temple de los que no se ha conservado absolutamente ningún registro histórico. Después de todo, todavía había siete mil israelitas fieles en ese tiempo que habían escapado a la atención de Elías (1º Reyes 19:14, 18).

La Ocasión del Mensaje de Micaías

El malvado e idólatra Acab invitó a Josafat, rey de Judá, a unir fuerzas con él para capturar la ciudad siria de Ramot de Galaad (1º Reyes 22:3). Josafat sugirió que primero pidieran una palabra de Dios acerca de sus planes (2º Crónicas 18:4). Acab reunió a unos cuatrocientos “profetas” asalariados que sabía que dirían lo que su patrón quería oír (vv. 21-22). A una voz predijeron una victoria gloriosa. Josafat no se dejó engañar y preguntó si no había un profeta de Jehová a quien pudieran consultar (1º Reyes 22:7). Acab admitió que estaba este Micaías, a quien odiaba, “porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal” (v. 8). ¡Él había escuchado el mensaje de Micaías antes y no le gustó lo que había escuchado! No obstante, para no desanimar a su recién adquirido aliado, Acab mandó llamar al profeta de Dios.

El mensajero de Acab advirtió y aconsejó a Micaías que declarara el mismo “buen” mensaje entregado por los cuatrocientos mercenarios. La chispa de valor audaz e inquebrantable casi salta de la página en la respuesta inmediata del profeta a la tentación de doblegarse: “Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré” (1º Reyes 22:14). Con razón un hombre malvado como Acab lo odiaba. ¿Qué podemos aprender de este breve relato de este héroe espiritual poco conocido?

Oposición a la Verdad

El odio fuerte y la oposición despiadada son a menudo las recompensas de predicar y/o vivir la Verdad. De hecho, los siervos fieles de Dios serán despreciados por algunos en proporción directa a su fidelidad. De la misma manera, es enteramente mérito de cualquier predicador del Evangelio que los hombres malvados lo odien y busquen silenciarlo o destruirlo. La fidelidad de uno al Hijo de Dios a menudo se puede medir por quiénes son sus enemigos y por lo que dicen de él. La declaración reverente de Micaías recuerda la bien conocida acusación de Pedro: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios” (1ª Pedro 4:11). Ningún hombre tiene derecho a hablar nada además o en contra de la voluntad revelada de Dios.

Los mundanos no son los únicos que exhibirán oposición frente a la exposición y la reprensión. Lamentablemente, los propios hermanos que no quieren sentir el filo de la Espada del Espíritu muchas veces se comportarán de la misma manera. El Señor encargó a los judíos (su propio pueblo racial y religioso): “Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios” (Juan 8:40). Pablo, después de fuertes palabras de corrección a los gálatas, preguntó: ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?” (Gálatas 4:16). El que está decidido a ser fiel a Dios debe estar preparado para la oposición e incluso el odio debido a esa misma dedicación.

La Verdad es Objetiva

Micaías no estaba preocupado por el desequilibrio extremo en los números. Los profetas de Acab lo superaban en número cuatrocientos a uno. Sabía que, aunque cuatrocientos hombres hablaran el mismo mensaje mentiroso, no era menos mentira. Correctamente se dio cuenta de que la verdad y el error no se deciden en las urnas ni en las encuestas. Sabía que un hombre unido a Dios sobre la roca sólida de Su Palabra era preferible y más poderoso que cuatrocientos hombres unidos a un rey en el error. También entendió que la Verdad no es menos verdad porque sólo un hombre la defiende.

Aquí se ilustra la naturaleza de la Verdad objetiva, en oposición a las conjeturas subjetivas. La Palabra de Dios es objetiva, es decir, se aparta de los hombres y de sus sentimientos, emociones o pensamientos. Los subjetivismos surgen del interior del hombre. La Verdad Objetiva no cambia, es la misma en todas partes, bajo todas las circunstancias, para todos los hombres. Un enfoque subjetivo de la religión (en el que se alienta a los hombres a tener puntos de vista contradictorios, dependiendo de sus propias emociones, sentimientos, experiencias, imaginaciones y estados de ánimo), es, desafortunadamente, la filosofía popular de nuestro tiempo. Un enfoque subjetivo

destruye el fundamento mismo de la Verdad y la autoridad en la religión y la moral. Nuestra amada nación está pagando un precio muy alto por adoptar este sistema de pensamiento necio e impío.

La Palabra de Dios es una norma objetiva en el mismo sentido en que una vara de medir es una norma objetiva. No importa cómo se sientan los hombres al respecto, cuántos crean en él o cuántos lo discutan, todavía se destaca como el estándar firmemente independiente e inamovible. Incluso si Micaías se hubiera unido a la voz subjetiva de los cuatrocientos profetas falsos, la Verdad objetiva del mensaje de Dios no se habría alterado en lo más mínimo. Gracias a Dios, este gran profeta tuvo el valor y la sabiduría para defender el mensaje que recibió de Dios. ¡Que seamos tan sabios como él y tomemos una posición inquebrantable en la Palabra inmutable de Dios, incluso si el mundo entero y la mayoría de los hermanos deciden abandonarla!

Confusión del Bien y el Mal

La experiencia de Micaías demuestra que lo que los hombres juzgan como “bueno” puede ser malo. Acab se regocijó en lo que llamó la “buena palabra” de sus profetas, mientras que en realidad estaban hablando un mensaje malvado de falsedad. También demuestra que lo que los hombres llaman “mal” en realidad puede ser bueno. Acab odiaba a Micaías porque siempre tenía un mensaje “malo” para el rey. Sin embargo, el reporte “malo” en el juicio de Acab fue realmente una advertencia benévola al rey, en lugar de una proclamación de odio. Así es con el mensaje de Dios en cada época. A la mayoría no les gustan sus palabras de advertencia que hablan del pecado, la culpa, la Segunda Venida de Cristo, la rendición de cuentas, el Juicio, la condenación, el Infierno y cosas por el estilo. Sin embargo, estas son palabras de advertencia verdaderamente benévolas de un Creador amoroso y como Micaías, no debemos dejar de predicarlas solo porque algunos las consideren palabras malas, duras y odiosas.

De Necesidades y Deseos

También vemos demostrado en Micaías que los hombres no siempre **quieren** oír lo que necesitan oír. Acab no **quiso** escuchar el mensaje de Micaías (a pesar de que lo conjuró a decir la verdad). Sin embargo, **necesitaba** urgentemente escuchar ese mensaje de Dios. Le habría salvado la vida si lo hubiera oído. La mayoría de los hombres, como Acab, no quieren oír lo que necesitan oír. Si, de niño, hubiera tenido la opción entre el jugo de naranja natural y el jugo de naranja con aceite de ricino, lo habría elegido solo en todas las ocasiones. Sin embargo, mis padres sabiamente (¡supongo!) Administraron un poco de aceite de ricino de vez en cuando. No nos atrevemos a decidir qué predicar o dónde pararnos moral o doctrinalmente basándonos simplemente en las

presiones del mundo o de los hermanos con respecto a lo que **desean** o **prefieren**. Busquemos fervientemente determinar lo que los hombres necesitan escuchar y luego prediquémoslo y enseñémoslo en el temor de Dios.

El viejo truco, “Estamos respondiendo preguntas que nadie está haciendo,” está totalmente fuera de lugar. ¿La gente en Pentecostés preguntó a los apóstoles: “¿Qué haremos?” (Hechos 2:37) al comienzo del sermón o al final, después de que esos hombres provocaron la pregunta predicando el Evangelio? La mayoría de las personas, como ellos, no saben qué preguntas hacer. El trabajo de los predicadores del Evangelio es plantear las preguntas que la gente debería hacer y luego darles las respuestas de Dios. Micaías predicó el mensaje necesario, aunque no deseado, ante Acab y sus profetas.

Conclusión

¡Micaías es verdaderamente uno de los héroes anónimos de la Biblia! Estaba decidido a que, independientemente de lo que Acab le hiciera, no traicionaría la Verdad ni la ocultaría, incluso si eso significaba la muerte. Esta es la marca registrada de todo siervo fiel de Dios, pero especialmente debe serlo de los predicadores de Dios. Micaías sabía que, sin importar lo que le hiciera el malvado Acab, la Palabra de Dios seguiría en pie. Como dijo un escritor desconocido: “La verdad no puede ser quemada, decapitada o crucificada. Una mentira en el trono sigue siendo una mentira y la verdad en un calabozo sigue siendo la verdad.” Siglos más tarde, en su último encarcelamiento (que probablemente resultó en su ejecución), Pablo se hizo eco del espíritu de Micaías: “...sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa.” (2ª Timoteo 2:9).

Todos los que predicán (de hecho, todo cristiano) harían bien en memorizar las palabras de Micaías y sus convicciones en la conciencia: “Vive Jehová, que lo que Jehová me hablare, eso diré.” Solo si seguimos fielmente este principio, hasta morir antes que abandonarlo, se nos dará la corona de la vida (Apocalipsis 2:10).

[Nota: Escribí este manuscrito y apareció originalmente en “Editorial Perspective” en la edición de febrero de 2001 de *THE GOSPEL JOURNAL*, del cual yo era editor en ese momento.]

Atribución: Tomado de *thescripturecache.com*; Dub McClish, propietario y administrador.

Traducido por: Jaime Hernandez.